

## Gus

La jornada de hoy fue de sol a sol. Miro las estrellas al salir de la oficina, volteo a ver el reloj de la torre Latinoamericana para confirmar las más de doce horas de trabajo. Valió la pena, el recuadro en el Informe quedó impecable. El estrés me ha agotado y apenas llego a casa, tomo un vaso de agua, me pongo ropa deportiva y trepo a la bicicleta fija con la esperanza de que el pedaleo ayude a bajar el cortisol. Enciendo el televisor y sintonizo el canal del noticiero nocturno.

En la pantalla llama mi atención la entrevista que la conductora de la sección de ciencia y tecnología realiza a Gustavo, un hombre en sus cuarentas, quien vivió su infancia en condición de pobreza, de la colonial *El Tepetatal*, en la Ciudad de México, becado por el Instituto Politécnico Nacional con un posgrado en ingeniería en la primera década de este siglo. El entrevistado expresa, en un inglés impecable, su participación exitosa en el equipo de la NASA con el diseño del programa *Worm* (gusano en inglés). Gustavo explica que esta tecnología allana el camino para la futura exploración humana a Marte con la captura e interpretación de muestras de suelo, sonidos, ruidos o lenguajes que perciba el *Perseverance* en su recorrido por el planeta rojo. La dopamina se eleva en mi cerebro y los recuerdos se disparan como chispas...



—Como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, Gustavo, así como en el cuento de Gusanito cuando visita a la Señora Lengua—, es entonces cuando sorprendo a Gus con un cuento:

Gusanito quiere visitar a la Señora Lengua, así es que sube por el brazo y va cantando alegremente.

—¿Cómo, Gustavo? Así: *la/la/, la/la/, tra/la/la/la/la/la/*— Gus, como le dicen sus compañeros de clase, repite con dificultad el ejercicio. Se esfuerza por imitar el ritmo de la canción y los sonidos que salen de mi boca. —Gusanito saluda al codito, luego al hombrito y a la cabecita. Se acerca a la boca y toca la puerta de la casa de la Señora Lengua que está cerrada—, él cierra la boca. —Luego la Señora Lengua abre la puerta— y Gus, en ese momento, abre la boca.

En el mundo de Gustavo no existen diferencias entre la posición de la *b* y la *d*, o la *p* y la *q*, o la *s* y la *z*, o el 2 y el 5 en su escritura y, además, se le dificulta

pronunciar algunas palabras. Para corregirlo, hemos creado con Gustavo a su héroe *Gusanito*. Para su héroe ha hecho canciones acompañadas del movimiento de su lengua, de sus extremidades, de todo su cuerpo; dice trabalenguas, infla globos, dibuja siluetas en el patio de recreo con gis, salta hacia delante, atrás, a la izquierda y a la derecha, arriba y abajo; ha bailado, ha recortado, ha contado historias, ha dibujado, coloreado...

—Gusanito se esconde, la señora lengua se asoma y mira para el frente, no ve a nadie, mira para arriba, mira para abajo y no ve a nadie y cierra la puerta—. Gus se mira al espejo y repite paso a paso con su lengua hacia arriba, hacia abajo, a los lados, todos los movimientos que le muestro imitando a Gusanito.

—¿Maetla, me deja ir al baño? — me dice Gus casi bailando.

Cuando lo conocí, Gustavo era un niño tímido que en las primeras semanas de clase se sentaba en el rincón del salón y no hablaba con sus compañeros. Antes del recreo no lograba concentrarse, cabeceaba o hacía pequeñas siestas en el salón. La primera vez que se durmió realizábamos en grupo algunas sumas; lo dejé que dormitara hasta que terminaron sus compañeros esa actividad, pensé que había pasado una mala noche. La segunda ocasión, durante un dictado de palabras, me acerqué a su lugar y levanté la voz para que dejara de cabecear, ¡su cara de asombro cuando notó mi presencia! Al despertarse, sorprendido, hizo reír a varios de sus compañeros.

La tercera fue la vencida: ese día no tuve un buen examen y la econometría retumbaba en mi cabeza, por lo que mi paciencia y tolerancia estaban alteradas. Lo sorprendí dormido cuando platicábamos con los niños acerca de cómo era su comunidad y lo que más les gustaba hacer fuera de la escuela y de la casa. Para mí, ese fue un día inolvidable por la lección de fortaleza, dignidad y tolerancia que recibí de un niño. Solté un manotazo en la banca que hizo que Gus se despertara de un salto. Luego, llorando, se llevó las manos a la cara. Fue entonces cuando me explicó, entre sollozos, que no le gustaba pasar por su calle porque los niños se burlaban de él, ya que veían cómo difícilmente alcanzaba los pedales del viejo triciclo que manejaba, junto con su hermano, para trasladar al mercado los tamales que su madre elaboraba todos los días muy temprano. Mi corazón se estrujó cuando entendí el gran esfuerzo

de Gus por mantenerse despierto en clase, luego de todas las desmañadas para apoyar con su trabajo a su madre y a su familia.

—La Señora Lengua sorprende a Gusanito, le regala un vaso de leche y unos bombones que él ¡Yum! ¡Se come inmediatamente!—. Gustavo sonrío como si le hiciera cosquillas.

En cuanto suena la campana del recreo, Gus corre al patio para completar al equipo de futbol de su salón. A pesar de ser bajito, se esfuerza por coordinar sus zancadas para alcanzar el balón; grita, ríe, manotea solicitando un pase. Sus compañeros de primer grado lo abrazan y pretenden cargarlo cuando gloriosamente mete un gol; ellos lo han arropado bien por ser el más pequeño y cariñoso del equipo. ¿Quién pensaría que hace meses ese niño huraño y retraído, sería el Gustavo seguro y sonriente que todos buscan para integrarlo a sus equipos? El tiempo que le hemos dedicado Gus y yo a sus terapias, entre clase y clase, ha rendido frutos: ahora se expresa mejor y tiene mayor control fino y grueso de sus movimientos. De hecho, los juegos, las canciones, los ejercicios y las pláticas con su madre nos han llevado a estrechar los lazos afectivos alumno-madre-maestra y a tener cierta complicidad en su educación. Con el futbol sus mejillas se encienden: pasan del tono rosado a rojizo, color que contrasta con esas manchas blancas que tenía en su cara al iniciar el año escolar y que han desaparecido después de las pláticas con los padres de familia para mejorar la alimentación de sus hijos.

—Luego, la señora lengua le dice a Gusanito ¡canta conmigo, así, como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces! —, y Gus se lleva el lápiz a la boca, como yo, pone mayor atención y se esmera en pronunciar correctamente el *la/la/, la/la/, tra/la/la/la/la/la/* de la canción y alguna que otra palabra.

Terminamos el ejercicio y premio a Gustavo con algunos bombones como los que come Gusanito. Agradece con una dulce expresión y una gran sonrisa, propia de un niño de seis años que ha cumplido con éxito las actividades del día.

Cuando está en la escuela el mundo afuera es indiferente para Gus. Se presenta las más de las veces puntual, ordenado, con su uniforme limpio, su tarea hecha, con mucha disposición y ánimo. Dentro de ese templo —ubicado

en *El Tepetatal*, muy cerca de la colonia San Juanico, lugar donde semanas antes ocurrió la explosión de esferas en la planta de gas de PEMEX—, Gus se transforma todas las tardes: con sus amigos ha logrado una verdadera hermandad, allí dentro no hay presiones para trabajar dentro y fuera de casa, no hay regaños de su madre por la falta de cuidados hacia sus hermanos pequeños porque ella tiene que salir a trabajar, no existen las amenazas de las pandillas para quitarle su mercancía, sus útiles escolares o su comida para el recreo, ni tiene miedo por saberse indefenso.

Gus no conoció a su padre: sólo en sus sueños platica y juega con él — un padre sin rostro, ni voz, ni sonrisa, sólo alma— porque dejó a la familia, hace años, para irse a vivir el sueño americano sin boleto de retorno.



En instantes evoco las imágenes de treinta y cinco años atrás cuando me desempeñé como maestra en ese grupo de primer grado en el que Gus luchó para corregir su dislalia y su dislexia. El empeño en su educación rindió frutos y, junto con todos sus compañeros, pasó a segundo grado leyendo y escribiendo a pesar de todas las adversidades. Al dejar el magisterio, meses más adelante, cerré la puerta del salón de clases con agradecimiento, con una que otra lágrima en mis mejillas y con la sensación de que pude haber hecho mucho más por la educación de esos niños en condición de marginación.

Regreso a mi pedaleo jadeante. Llevo entonces los recuerdos de aquella triada Gus-Gusanito-Gusano(worm) al terreno de lo relativo. Y en ese bello escenario de lo simbólico —en el que el gusano representa lo que renace de la adversidad y de la muerte—, traslado mis pensamientos a aquel niño de primer grado, de grandes ojos negros y mejillas rojas, al que se le dificultaba hablar, leer y escribir, y quien libró batallas personales y sociales para superar sus deficiencias de lenguaje. Empapada en sudor y con mayor dopamina en el cuerpo producto de la pedaleada intensa, imagino que mi Gus es el creador del programa *Worm* que captura sonidos para detectar e interpretar cualquier tipo de lenguaje en la misión del *Mars Perseverance Rover*.

Popasi, abril 2023